



a promoción médica “Alberto Hurtado”, la tercera que tuvo el privilegio de llamarse Herediana, cumple 10 años de egresada. Esto, que para algunos puede simplemente no tener importancia, se convierte, creo yo, en ocasión propicia para quienes, aquí convocados, por pertenencia, por afinidad, por amistad, por simpatía o quien sabe sólo por curiosidad, tratamos de dar a estos 10 años un sentido trascendente.

No tenemos ya por cierto la visión inmediateista y apenas post-adolescente del recién egresado. Nuestro dilema —y al mismo tiempo nuestra mayor ventaja— es que no somos tan jóvenes como para equivocarnos sin remedio, ni tan entrados en años como para poder rectificarnos sin rubor. Más aún, nuestra promoción, como grupo tiene sobrados títulos para celebrar, como lo estamos haciendo, su décimo aniversario y para pedir a toda la comunidad herediana que se una a nosotros en la alegría y en la reflexión.

¿Cuáles son esos títulos? Citaré sólo algunos. Es la primera promoción que superó el medio centenar de alumnos —fuimos 55, hoy sólo 53 por la ausencia irreversible de Tato y Miguel— ante el obligado pequeño volumen de las dos anteriores. Es la primera promoción que acogió, integrándolos, a 19 estudiantes no sanfernandinos, 11 de Arequipa y Trujillo, y 8 de universidades extranjeras. Es la promoción que aportó más miembros a las tres primeras directivas de la asociación de estudiantes, a cuya forja contribuyó decisivamente. Es una promoción que ha aportado cultivadores idóneos a 21 especialidades médicas en el país, y de la que casi una cuarta parte de sus integrantes se halla en una u otra forma inmersa en la tarea docente. Pero por encima de todo, el mérito esencial de la promoción “Alberto Hurtado” es haber sido capaz de propiciar este reencuentro, en elocuente desafío a la dialéctica de sus propias contradicciones y en claro cumplimiento de un destino histórico:

creo yo que la nuestra es una promoción cuya identidad se ha forjado y retemplado, casi paradójicamente, en los años que siguieron a nuestro egreso de las aulas heredianas, allá en el viejo local de Belén. Creo además que encarnamos nuestro papel generacional, en función de lo que nos acercó en primera instancia al *Alma Mater*. Creo que, en otras palabras lo hecho hasta hoy por nosotros ha sido un buen prelude.

Esta mañana quisiera hablar entonces de la Universidad, de nuestra Universidad. De su historia, en tanto que ilusión e ideal, proceso secuencial y jornada cimera. De su presencia en 14 años de logros e imperfecciones, de realidades y de angustias. De su destino, en tanto que convocatoria y la esperanza, llamado al esfuerzo solidario de maestros, alumnos y graduados para seguir a la búsqueda de lo mejor de nosotros mismos en función de lo mejor para los demás. Compleja y comprometedor como parece —y de hecho, es— esta tarea, pretendo hacerlo con humildad pero con la convicción de que vale la pena hacerlo. La nuestra es una Universidad Adolescente y es válido pues reflexionar objetivamente en torno a ella.

UNA VISIÓN PERSONAL DEL PASADO

Para hacer historia, hay que conocer la historia. Del origen, creación y primeros balbuceos institucionales de Cayetano Heredia se ha escrito profusamente. Espero equivocarme al pensar que buena parte del alumnado herediano de hoy no conoce en profundidad la historia de su universidad. Espero equivocarme al señalar que muchos la asocian vagamente a una lucha de facciones políticamente opuestas o a un asunto llamado cogobierno. Y punto. Espero equivocarme al asumir que falta a ese análisis, un enfoque de largo alcance, un enfoque que integre lo coyuntural de la historia con lo trascendente del contexto socio-político que vivía el Perú de comienzos de la década del 60. Pero si no estuviera equivocado, creo que bien vale la pena ensayar esta visión personal del pasado con un poco de la historia, la sociología y la

* ACTA HEREDIANA, Vol. 6, N° 1, Marzo 1977, págs. 37-48.

psicología del tiempo aquel en que Cayetano Heredia asomó a la vida académica de nuestro país. Si fuera sólo como excusa, permítanme decir que quiero hacerlo porque, después de todo, Cayetano Heredia se creó cuando la gran mayoría de los alumnos que hoy cursan Estudios Generales, por ejemplo, jugueteaban todavía en la edad inasible de los 6 ó los 7 años.

Hacia fines de los años 50 la sociedad peruana comenzó a experimentar una suerte de inquietud y efervescencia que eventos de la escena nacional e internacional contribuían a catalizar. Eran los años de un gobierno de casta, deseoso de preservar el “statu quo”, respaldado en el apoyo de masas que le brindaba un partido político en busca de ropajes más cómodos que los del martirio, la persecución, la clandestinidad y sus frustraciones inherentes. Era la época de la emergencia de la primera república socialista de América y la aparición de un líder carismático que la encarnaba. Las llamadas superpotencias respondieron a los tiempos, una con un líder de imagen juvenil, de atractiva familia y de filosofía liberal, otra con un líder cazurro, sazonado y pragmático. El mundo asistía al autoexamen y revaluación que de su rol hacia la Iglesia Católica, al tiempo que sonaban los primeros disparos en la sangrienta nueva etapa de la guerra en el sudeste asiático. En la escena política peruana, una generación bloqueada por ocho años de árido silencio, se organizaba en diversos partidos. El signo de los tiempos se llamaba cambio, actividad, renovación.

La universidad peruana, en general, se reanimó al conjuro de tal sentido de urgencia. El diálogo ardiente, el debate a veces violento, la manifestación callejera, testimoniaron con elocuencia la desbordante apertura de los espíritus tras larga e incierta espera. Las voces clamando por el cambio de las estructuras políticas de entonces requerían una causa que consolidara su prédica y cohesionara a sus seguidores. Requerían también respetabilidad y vigencia en la estructura de otro poder; el gobierno universitario. El objetivo a largo plazo justificaba plenamente el perseguir un objetivo

a corto plazo, no interesando qué o quiénes resultarían sacrificados. La ética del movimiento estudiantil de comienzos del 60, se daba fundamentalmente en el terreno político; y la de quienes dirigían San Fernando en aquel entonces, en el campo estrictamente académico. Obviamente, con objetivos diferentes, a niveles diferentes y con justificación ética diferente, todo diálogo era prácticamente imposible.

Los acontecimientos —el lado anecdótico de esta historia— son conocidos o fáciles de imaginar. Huelgas, mítines, enfrentamientos, pérdida de la perspectiva, amenazas, intrigas. Ambos lados proclamando su particular ángulo de la verdad. Probablemente desde el comienzo, el grupo entonces en San Fernando sabía que la presión de los hechos acabaría por impulsarlos fuera de la centenaria universidad, pero dio una batalla gallarda. El resultado final fue en 1961 la creación de la Universidad Peruana de Ciencias Médicas y Biológicas, hoy Cayetano Heredia.

¿Cómo era Cayetano Heredia? ¿Qué era Cayetano Heredia en 1962, cuándo recibió a sus primeros estudiantes en Premédicas y 5 años de Facultad? Se afincó primero, como ustedes saben, en el viejo Colegio Belén de la calle Juan Simón. Para quienes desde Lima, Arequipa, Trujillo o incluso fuera del Perú, venimos a Cayetano Heredia, recuerdo vívidamente que la idea, el por qué profundo y joven de nuestra adhesión residía en un solo concepto: estudiar en paz, llegar a ser médicos sin duplicar cada año por las huelgas, sin mítines que atender, sin consignas que seguir, sin gritos destemplados o peleas inconducentes. Queríamos en suma una tranquilidad casi bucólica en la búsqueda de nuestro destino profesional. El claustro y nuestros profesores, garantizaban ciertamente dedicación, prestigio y, desde 1960, una legítima vocación de sacrificio, desprendimiento y fortaleza moral.

El grueso del alumnado herediano de la primera hora vino de San Fernando, por supuesto. Muchos de ellos habían combatido al lado de sus maestros

en horas aciagas. Es justo decir que todos asumieron el riesgo de trasladarse a una Universidad que en un comienzo sólo tenía el nombre. Socialmente, tengo la impresión que había una sustancial proporción de estudiantes de clase media alta y alta. Todos sin embargo profesaban en común una cierta aversión a la “política” en las aulas, esa particular forma de activismo folklórico que tanto daño hizo en San Marcos, y un declarado deseo de estudiar sin trabas para llegar a ser “buenos médicos”. Este segundo rasgo común era sin duda el más sólido. La homogeneidad del grupo estudiantil de Cayetano Heredia estaba pues basada en esta particular filosofía académica. A pesar de su vigor —que se extendió a lo largo de lo que llamó la primera época de Cayetano Heredia, hasta más o menos 1968— puede decirse sin embargo que la homogeneidad comenzaba pero terminaba también allí.

Las luchas, los heroicos orígenes, la noción de un David puro y joven venciendo a la larga a un Goliath politizado y corrupto; la reacción de una opinión pública inicialmente atónita ante el gesto y después espontáneamente generosa en su apoyo; la incertidumbre financiera frente al futuro y el tamaño aún pequeño de su núcleo humano, todos estos factores contribuyeron a catalizar la conciencia estudiantil herediana de la primera época. La Universidad era efectivamente, por lo menos en parte, su obra. Hombre a hombre con sus maestros, los alumnos habían materializado una ilusión. Y sola frente a la adversidad, Cayetano Heredia, su creación, requería el trajín continuado, el esfuerzo persistente en su defensa y por su supervivencia. Resulta indiscutible la intensa fuerza cohesiva de esta mística de combate.

No llama entonces a sorpresa que profesores y alumnos adhirieran firmemente a un activismo institucional, no político. Era la constante reminiscencia de las jornadas de 1960 y 1961 la que presidía esta relación. Era el continuo recordar que Cayetano Heredia tenía aún muchos y poderosos enemigos y que el “peligro” estaba afuera, no en la Universidad. Una suerte de fantasía —o desilusión— respecto a nuestra

pureza institucional que ciertamente nos elevaba por encima de esos otros temores, más terrenos, los del presupuesto, los sueldos a los profesores o la falta de materiales en los laboratorios. Cayetano Heredia vivía la sensual etapa de la autoafirmación. Todos estábamos unidos por el mismo ideal, todos éramos tan iguales en este punto común que no teníamos tiempo de analizar nuestras diferencias.

Cayetano Heredia era un ejemplo, un caso único de coraje y de mística. Tales ingredientes eran poco usuales en el Perú académico de hace 14 años. El alumnado herediano tenía inquietudes que por ser heredianas, tenían que ser diferentes a esas otras inquietudes estudiantiles de todos los días. Eran inquietudes trascendentes, iban mucho más allá del claustro, atravesaban incluso la comunidad circundante inmediata para llegar a la barriada, al grupo humano de mayor fragilidad y mayores esperanzas —los niños—, al Perú profundo de la comunidad indígena o rural. Sin perder la visión médica —estrato primigenio de lo que después de todo era y es una vocación científica— los alumnos heredianos de hace una década se volcaron al Perú olvidado de entonces con un profundo sentido de entrega social. Puede decirse que ésta fue también una entrega política pero sin rótulo partidario alguno. La ideología —y su fuste ético— eran eminentemente un inquirir apasionado pero ingenuo de la vida que bullía más allá del cómodo mirador urbano.

Había pues plena coherencia entre el origen histórico, la tarea diaria, la inquietud ideológica, y la acción trascendente. Mal podía pedirse activismo político partidario a quienes expresamente rechazaron tal intromisión. Mal podía esperarse un rompimiento con la esencia técnica de la profesión médica, por parte de quienes tenían como razón de ser el convertirse en profesionales excelentes. Mal podía esperarse proclamas de cambios cruentos por quienes detestaban la violencia. Mal podía esperarse huelgas de quienes pensaban que toda perturbación les hacía perder la perspectiva en un Perú convulso en sus metrópolis pero resignadamente quieto

en los pueblos de las punas y las sierras. Mal podía esperarse pérdida de tiempo en quienes sentían que estaban llegando tarde a citas más urgentes con su propio destino.

A esos ideales de respeto, señorío moral, disciplina y dedicación, correspondieron líderes docentes que estuvieron por cierto a la altura de su compromiso con la historia. Nos preciábamos de tener un Rector de la más prístina vocación humanística, de complejidad y hondura filosóficas, un sabio en el viejo sentido académico del vocablo. Ninguna Universidad de aquella época podía preciarse de ello. Teníamos un Decano que unía en admirable conjunción la devoción del científico puro y el coraje y carisma del conductor auténtico. Nos gloriábamos de contar con lo mejor de la plana docente médica del país y con casi tantos profesores como alumnos. Nos sentíamos orgullosos de pertenecer a Cayetano Heredia, de no tener huelgas, de cumplir nuestros Syllabi, de ser mirados con asombro por unos, con envidia por otros, con respeto por casi todos. Nos sentíamos poseedores no ya sólo de una verdad abstracta sino de su más convincente tangibilización. Nos sabíamos, entonces, capaces de elaborar ideologías de renovación universitaria porque nosotros *éramos*, al fin, una auténtica universidad.

Tal era la Universidad Cayetano Heredia de la primera época. Una mezcla de quietud idílica, de compromiso hondo con lo social, de limpieza política, de reverencia de las jornadas del pasado inmediato, de convicción profunda de que lo que habíamos hecho era lo que tenía que hacerse, el único, el real camino, y —¿por qué no decirlo?— una callada y sensual creencia en nuestra infalibilidad. Lo que quiero enfatizar, sin embargo, es que desde el punto de vista ético, la acción social, la inquietud política del alumnado herediano se basaban fundamentalmente en verdades, o en lo que sentíamos como verdades precisas, simples pero sólidas, sin ditirambos, verdades éticas de a puño. Había coherencia o al menos lo sentíamos así, entre esas verdades y

la acción concreta, coherencia reforzada por la común experiencia de los que se sienten fundadores de algo.

No deseo dejar la impresión de que Cayetano Heredia era un paraíso. Probablemente hubiéramos querido que lo fuera pero a final de cuentas se trataba de una obra de humanos, sujeta por lo tanto a las fragilidades de la naturaleza humana. Había en primer término un significativo sector de estudiantes que abogaban por un torremarfilismo a ultranza en lo que parecía ser más bien reflejo de determinado exclusivismo social. Su manera de ver las cosas se traducía en fomentar un ambiente colegial o simplemente un individualismo trasnochado. Miraban con disimulado desdén iniciativas de ir a las comunidades indígenas u otro reflejo del tipo de inquietud que ha señalado antes. Algunos llegaban a llamar a esta inquietud, manifestaciones de un extremismo quintacolumnista. Por otro lado, no sé si era el no querer ver deficiencias en nuestros profesores o simplemente la ilusión de que *no podía haber deficiencias*. Debo decir sin embargo que esa tendencia dio pronto paso a una crítica madura, sin perder el sentido de una necesaria cooperación. Los profesores por su lado, llevaron a cuestras la mística —y el paternalismo generado por ella— hasta que, al paso de los años, confrontados con las realidades de la vida cotidiana, las primeras voces de descontento empezaron a expresarse.

Cerca de los años finales de la década del 60, Cayetano Heredia comenzó a graduar sus primeras promociones más o menos numerosas. Al mismo tiempo nuevos y más numerosos grupos poblaban las aulas en los años iniciales. El Perú se movía hacia cambios políticos marcados. La Universidad crecía y con ella su administración, su planta física, su plana de empleados. Se iba preparando así el camino para lo que llamo la segunda etapa en la vida de Cayetano Heredia. Y yo, autonombrado historiador amateur, quisiera situar el comienzo de esa etapa en 1969.

LA SEGUNDA ETAPA

No deja de ser interesante el anotar que sólo la primera Junta Directiva de la Asociación de Estudiantes, la elegida para el período 1963-1964, fue lista única. Pareció ser y probablemente lo fue, el homenaje más elocuente y significativo a esa unidad que prevaleció en los difíciles momentos de prueba. Creo yo que la acción de esa directiva reflejó adecuadamente la estructura ético-política de aquella circunstancia herediana. Desde 1964 sin embargo se pudo percibir en el estudiantado, no precisamente una polarización de fuerzas, pero sí los primeros escauceos tendientes a definir posiciones. Se me ocurre pensar que los primeros enfrentamientos eran entre dos tipos de elitismo: el intelectual, un tanto arrogante, profundamente sensible a lo que vagamente definía como proyección social de la universidad, abierto al diálogo con los cuestionables adversarios de años atrás, ansiosos de independencia frente al paternalismo docente; y el elitismo social, pregonando un cierto aislacionismo, al tiempo que cultivando una bien afiatada imagen de apertura al exterior, intensamente consagrados a la preservación de los valores tradicionales de Cayetano Heredia, trabajadores infatigables. No me cabe duda alguna que el primer grupo se constituyó en el precursor de los más activistas grupos dirigentes de ahora, aun cuando, como todo precursor, incapaz de predecir el curso ideológico de sus planteamientos. Es importante sin embargo señalar que fue el segundo grupo el que prevaleció electoralmente en dos años sucesivos, durante la primera etapa de la vida herediana. La anécdota típica de la incipiente polarización estudiantil, estuvo dada por el comentario de un profesor que refiriéndose a los protagonistas de una de las pugnas electorales de aquellos años, dijo que la jornada era un duelo entre “la belleza y el talento”, aludiendo a las características más remarcables de los candidatos.

He dicho que, algo arbitrariamente, 1969 podría marcar el comienzo de la segunda etapa en la historia de Cayetano Heredia. Evidentemente, desde 1966

podía hablarse ya de directivas de transición en la Asociación de Estudiantes, al tiempo que los profesores también realineaban fuerzas y, ya en 1969, se graduaba la primera promoción de estudiantes que habían iniciado su carrera médica en Cayetano Heredia, en 1962. Este es tal vez un punto culminante, porque hasta entonces los egresados de esta Universidad habíamos iniciado nuestros estudios en otras escuelas del país o del extranjero. Al mismo tiempo se producía el traslado del viejo local de Belén al moderno pero inconcluso campus de la Urbanización Ingeniería. Fue también el primer año de existencia de un gobierno que accedió al poder con banderas de fervoroso y combativo nacionalismo y con planteamientos definidos de cambio en las estructuras socio-políticas del país.

Mi ausencia del Perú por cinco años entre 1967 y 1972 me permite establecer comparaciones si no valiosas por lo menos singulares entre la Cayetano Heredia que dejé –y que he tratado de describir– y la que encontré a mi retorno. Si bien el foco de mis reflexiones se concentra fundamentalmente en los estudiantes, he de tocar también al profesorado en cuyas filas me cuento ahora como varios otros miembros de mi generación. El juicio no pretende ser objetivo, incluso creo que lo que voy a decir enseguida no debe siquiera llamarse un juicio sino más bien un comentario, poseedor, por tanto, de todas las ventajas y todas las limitaciones de tal.

El cambio sustantivo, creo yo, se ha dado en el estudiantado, en su composición social, en la orientación ideológica de sus dirigentes, en las características de sus inquietudes y acciones en su relación con los docentes, en su manera de ver y vivir la Universidad y, como colofón de todo lo anterior, en la vertebración ética de su especial manera de ser.

Es evidente hoy que el alumnado procede en su mayoría de lo que tradicionalmente llamaríamos clase media y sus variados subsegmentados. No es escaso el número de los que proceden de hogares de auténtica

clase trabajadora, en elocuente muestra de la pujanza y anhelo de superación generacional, inherente a aquellos que se niegan a claudicar ante la opresión y la pobreza. El número de los que proceden de colegios nacionales o de los que vienen de otros departamentos del país, es muy superior al de 10 o 12 años atrás. El color de la piel del estudiante herediano promedio de hoy es ciertamente más oscuro que el de su contraparte de hace una década, del mismo modo que su atuendo es mucho menos formal y elegante.

Mucho más importante que el cambio en la composición social del alumnado, es sin embargo el grado de polarización ideológica y activismo político que exhibe hoy. Quisiera que se entienda esto como una observación fascinada de un herediano que todavía no se considera viejo y a quien por añadidura, le gusta observar. Hace 10 ó 12 años, jamás se hubiera pensado, en Cayetano Heredia, en campañas electorales, en *slogans* partidarios o en ataques furibundos al ocasional adversario, en la magnitud y colorido de la época actual. No se habría pensado en huelgas, marchas de apoyo, pronunciamientos doctrinarios o largas sesiones o asambleas sustraídas al horario habitual de clases. No había ciertamente el grado de organización grupal ni de lectura o debate interno orientado a específicas fuentes doctrinarias en el grupo dirigente. Este se empeña hoy en lograr que la Universidad deje de “proveer de doctores o rúbulas a las clases dominantes” como decía J. C. Mariátegui. Ciertamente el Amauta tampoco deseaba que la universidad produjera sólo recitadores de lemas o seguidores no críticos de consignas.

A la mística social sin rotulación política específica que caracterizó la inquietud de las promociones de mi generación, se opone la mística política sin sustrato social específico de los dirigentes de las promociones de hoy. Al deseo casi exclusivo de saber más, conocer mejor y ayudar en algo que alentó a mi generación, se compara hoy el impulso de un contacto intenso, casi dogmático en aras del cambio veloz, que anima a los grupos estudiantiles contemporáneos. A la clara

tolerancia de ideas opuestas en la década del 60, se ve hoy la tendencia a la “identificación” rápida de alguien como amigo o adversario sin el beneficio de la duda.

Todo esto se refleja por supuesto en la naturaleza de la relación actual entre estudiantes y profesores. Una palabra puede resumir esa relación y, como toda palabra, entraña un extraordinario potencial, la dirección de cuya cristalización resulta impredecible. La palabra es: cuestionamiento. Cuestionamiento en el ámbito ideológico, en el ámbito institucional o administrativo y en el ámbito académico. El fenómeno no es de extrañar si se le sitúa en el contexto de los otros cambios ya anotados y, sobre todo, contra el telón de fondo de un cuerpo docente diez años mayor que el que yo o mi generación tuvimos. Más aún, los dirigentes y los estudiantes de hoy no vivieron las jornadas tensas y vibrantes que constituyeron el precioso retazo de historia al que los heredianos de la primera etapa se aferraron. Palabras como cogobierno, Reforma Universitaria, Ley 13417, nombres como Víctor Alzamora, René Gastelumendi u Honorio Delgado pueden no tener para ellos el mismo significado ni la misma virtualidad que tuvieron para nosotros. Si esto es una falla lamentable o una sedimentación inevitable, no podemos saberlo. En suma –y ésa puede ser su más grande desventaja o su mayor virtud– los estudiantes heredianos de hoy no tienen una historia concreta de la cual depender, un logro con visos de heroico, del cual vanagloriarse. La historia de Cayetano Heredia en sus primeros años es para ellos la prehistoria de sus jornadas actuales. Evidentemente su compromiso con el futuro tiene un pasado diferente.

Son por lo tanto más libres para cuestionar y para criticar que lo fuimos nosotros. Menos tolerantes ante lo que perciban como fallas. Lo que para mi generación era “Nosotros o ellos” (los de afuera), para los estudiantes de hoy es “Nosotros o ellos” (los docentes, la Universidad misma como institución). Da la impresión que ellos no sienten que *son* la universidad

como creíamos sentirlo nosotros, sino que *están* en la Universidad, quien sabe si por accidente. El resultado es en varios casos un enfrentamiento velado o expreso con los docentes o la administración. No me extrañaría que un factor que genere esta actitud de recelo, sea también el que los estudiantes, al haber aumentado en número, en relación a 5 - 10 años atrás, sientan a sus profesores distantes y remotos. No era ciertamente nuestro caso.

Hay también un conjunto enorme de factores externos que han contribuido al cambio y a la emergencia de esta segunda etapa en la joven historia de nuestra Universidad. La coyuntura política actual es la principal y tal vez la más poderosa. Claramente ligada a ella, está la incertidumbre institucional universitaria en el país por la falta de un instrumento legal definido. La apertura ideológica hace que corrientes similares en el alumnado de otras universidades confluyan a catalizar más aún el activismo de los representantes del alumnado herediano.

El corolario de estos cambios, o tal vez, el sustento generado al devenir de estos cambios tiene por fuerza que darse en términos éticos. El alumnado herediano de hoy tiene una moral diferente a la de las primeras promociones. Como toda experiencia humana la actitud ética no puede liberarse de la influencia de una serie de factores subjetivos y de la interacción mutua con los mismos. Esta nueva moral, se resume en identificación menos intensa con la Universidad como institución, ergo un concepto diferente de lealtad institucional; singularización de “adversarios” dentro de la propia universidad, ergo un diferente concepto de solidaridad; menos apego a lo simplemente tradicional, ergo mayor latitud dialéctica para justificar o racionalizar; menos compromiso con un pasado no vivido, ergo acentuación de la idea de un futuro regido justamente por esos nuevos postulados éticos.

La ética de un individuo o de un grupo, se define claramente en las acciones de ese individuo o de ese

grupo. El alumnado de Cayetano Heredia ha demostrado remarcable sensibilidad a los giros recientes de la historia, una actitud de alerta ante los cambios a veces vertiginosos de los tiempos. La realidad actual muestra una efervescencia y un dinamismo que ciertamente faltaban en 1966. Es de esperar que, en Cayetano Heredia, jamás se utilice la dialéctica para justificar lo que es inmoral, de acuerdo a cánones antiguos y modernos. Es de esperar que, en Cayetano Heredia, jamás se utilice un concepto alambicado de solidaridad para justificar empresas aventureras. Es de esperar que la efervescencia y el dinamismo no sean cortinas de humo para enmascarar una alegre irresponsabilidad, un desorientado escapismo.

Cayetano Heredia en 1975 es una Universidad que, superada su propia etapa romántica, se halla hoy inmersa en la compleja realidad contemporánea. Tiene toda la promesa de una institución todavía joven, sazónada sin embargo por crisis que jamás llegaron a ser caos. Su alumnado es mucho más abierto a la eventual seducción de un lenguaje político, lo cual probablemente revela un diferente giro en su sentido de urgencia ante la historia. Hay, estoy seguro, el mismo afán mayoritario de llegar a ser profesionales competentes, la misma inquietud que despierta el llegar a las aulas cada día para aprender algo más sí, pero fundamentalmente para saber servir mejor a nuestro pueblo.

Los profesores de Cayetano Heredia han vivido, al igual que los estudiantes, un proceso de transformación y ajuste. El cuerpo docente ha vivido también sus propias crisis. Es también 1969 el año que marca un cambio de guardia decisivo para la marcha de la Universidad. La crisis, con señalar el paso del comando a otra generación de docentes, develó también la dolorosa pugna entre dos maneras diferentes de ver la Universidad: o centro de excelencia académica consagrado a la formación de profesionales de primera calidad en las ciencias básicas, la investigación y la clínica, o agente promotor de cambio y proveedor de servicio efectivo a la comunidad circundante. Se po-

dría escribir o hablar mucho sobre estas dos concepciones. Poseedora cada una de sólidos argumentos, carecieron probablemente años atrás de la necesaria experiencia parlamentaria como para concurrir en puntos fundamentales. Hubo momentos difíciles. Lo esencial, sin embargo es que la Universidad sobrevivió y sobrevive y que el paso de los años ha brindado madurez, sobriedad, espíritu reflexivo y sobre todo, medida y realismo.

PRESENCIA DE CAYETANO HEREDIA

En una época en que algunos creen que la mejor forma de ser revolucionarios (y vale la pena señalar que, en mi observación, se tiende a abusar de este término hasta prácticamente prostituirlo) es renegando prácticamente de todo su pasado, es conveniente recordar que hay lealtades elementalísimas y por lo mismo muy por encima de las pasiones anárquicas o los clichés sectarios. En el caso de quienes hemos pasado por aulas universitarias, una de esas lealtades se debe precisamente a la institución universitaria que nos cobijó. Creo ser totalmente veraz cuando afirmo que mi promoción se siente plena, incuestionable y genuinamente orgullosa de haber sido herediana. Y lo decimos sin dobleces, aquí y afuera, porque sentimos la presencia del mensaje herediano, sabemos su historia y la interpretamos con libertad en nuestras conciencias y sin ataduras ideológicas. Hay quienes siendo aún alumnos, reniegan impudorosamente de su Universidad, cuando tienen que pagar su cuota verbal de consignas para lograr su cuota de aplausos y su integración a un monocorde coro de *slogans*; ellos mismos se cuidan muy bien, sin embargo, en otras circunstancias, de decir que estudiaron en Cayetano Heredia, utilizando justamente el mismo prestigio que demagógicamente intentan pisotear. Afortunadamente la acción disociadora, en el plano de la cultura, encuentra siempre, a lo largo de la historia, la respuesta valiente y sagaz del bien informado. Como Honorio Delgado señalara; “frente a los extremos de los sofistas, empeñados en hacer cosa de juego las disciplinas del espíritu y cosa de escarnio las más

venerables tradiciones de la civilización, la filosofía verdadera retorna a sus fuentes, al penetral del hombre”.

La presencia de nuestra universidad en la vida del país se fundamenta en la búsqueda de la excelencia, en la seriedad de un trabajo consecuente y en la necesidad de una adaptación a realidades históricas ineludibles.

La Universidad ha dado y sigue dando el aporte de sus hombres como individuos, pero evidentemente puede dar más en función de un aporte más nítidamente institucional. No escapa en estos momentos al farrago de la rutina y a la incertidumbre paralizante que se cierne de tiempo atrás sobre las instituciones de Educación Superior en el país. No está libre hoy —como no lo está ninguna institución cuya esencia sea el cultivo de la libertad— de las potencialidades conflictivas inherentes a su compleja dinámica. Porque la libertad, como dijo Frost, consiste en ser audaz. Tal, el perfil herediano de hoy, y su reto: ejercer su libertad, que es audacia, con coraje y entereza.

MIRANDO AL FUTURO

No existe la menor duda, respecto a la necesidad de intensificar el diálogo. Al potencial de pugna que inevitablemente existe en una institución como la nuestra, debe oponerse el potencial de diálogo que es inherente a nuestra condición humana. Sería inútil pretender un retorno al estilo de solidaridad que imperó en la primera etapa de la vida de la Universidad. Inútil porque los ingredientes anímicos y ambientales no son los mismos. Los tiempos han cambiado. El diálogo debe orientarse a reconocer las nuevas realidades sociales y políticas de la universidad y del país, a reconocer las diferencias de puntos de vista y a esforzarse por implementar las semejanzas. Debe también tener presente la transitoriedad de los hombres —profesores y alumnos— y la permanencia de las instituciones, a fin de poner las cosas en su mejor perspectiva. Debe, por último, revestirse de la humil-

dad que necesariamente ha de oponerse a cualquier ilusión de grandeza o asomo de infalibilidad y arrogancia.

Es aún posible, en nuestra Universidad, una conjunción saludable de lo viejo y lo nuevo. Se puede mirar al futuro sin renegar del pasado. Mi generación tiene efectivamente algo que recordar con orgullo y creo yo que vio el futuro con lucidez y distinción. Los alumnos de la segunda etapa herediana deben darse a sí mismos la oportunidad de explorar ese pasado y de dar a su afrente del futuro el necesario realismo y la necesaria vocación de trascendencia, no lo que a veces se presenta como encono clasista o como furia inespecífica –ropaje de *slogans* usureros. La institución universitaria no tiene por qué ser, ciertamente, un campo de Agramante –nació, en cambio, en la aleccionadora tradición del Jardín de Academo. Los jóvenes de hoy tienen –creo que aun puedo decir tenemos– el derecho a rebelarse contra una realidad que es injusta; más aún pueden criticar a la Universidad si es que creen que ella contribuye al orden injusto. Eso es declarativo y puede aceptarse. Pero que Cayetano Heredia desde sus comienzos emergió, en su campo, como una institución abierta al cambio, abierta a la comunidad, que en años de dura lucha ha sobrevivido crisis y pobreza franciscana y que a pesar de todo se mantiene enhiesta y ejemplar, todo eso son hechos y deben aceptarse.

La universidad del futuro ha de reflejar sin duda, en nuestra patria, el tipo de sociedad que se pretende construir. Es una verdad de a puño el que no puede producirse profesionales para la exportación cuando el país mismo sufre de aguda escasez de recursos humanos para su superación. Pero es al mismo tiempo innegable que el país debe saber captar a sus mejores talentos, de acuerdo a una nueva mentalidad planificadora. Nuestra era y la del futuro van a presenciar la amalgama de idealismo y pragmatismo que den al hombre una nueva dimensión ética. Sobre esa base la acción política de los estudiantes, de los trabajadores,

de los hombres del Perú tendrá entonces la posibilidad de expresiones concretas.

No creo exagerar ni distorsionar la evolución de los acontecimientos, si señalo que los cambios actuales marcan un sesgo definido y una ruptura consciente con estilos del pasado. Tampoco creo estar alejado de la verdad si digo que lo que la futura sociedad peruana espera es el establecimiento de una auténtica justicia social. En el campo de la salud –que es el que, de una manera u otra, compete primariamente a nuestra Universidad–, es lógico, es humano confiar en que las grandes mayorías tengan fácil acceso a la atención médica fundamental y a la acción preventiva eficaz. El pueblo del Perú, en su inmensa mayoría no vive aún la salud como un derecho, sino como una posibilidad, a veces hasta como un favor que debiera agradecer. Y eso no puede ni debe continuar. La práctica privada de la medicina deberá adecuarse a los requerimientos y a las necesidades de la mayoría de ese pueblo al que servimos. La medicina peruana y sus cuerpos organizados deberán añadir a su gloriosa tradición, su espíritu de entrega a una causa noble que representa todo un reto de la historia. El cambio se pondrá en evidencia con la adopción de una nueva filosofía de servicio en la que el postulado esencial no ha de ser precisamente de carácter lucrativo.

Cayetano Heredia, creo yo, ha comprendido desde hace mucho tiempo las esencias de este reto. Creo yo que sus hombres han mantenido la independencia de pensamiento y de acción que marcó desde el comienzo, el curso de su vida institucional. Ha estado en la vanguardia de la modernización curricular, de la innovación pedagógica, de la honestidad institucional. Ha estado en la vanguardia del contacto vivo con la comunidad, con el Perú profundo. Ha llegado al pueblo joven, al poblado rural, al caserío selvático. En muchos casos se ha sentido identificada con el pobre, porque Cayetano Heredia es una universidad pobre. Pero tal vez por ello mismo, sabe plenamente que salir de la pobreza no equivale únicamente a tener o recibir más dinero sino a poseer la integridad de

espíritu que diferencia al pobre del bribón, el ocioso o el delincuente.

En otro terreno –el de la investigación científica– Cayetano Heredia ha sido también consecuente con su propio legado y con la percepción de su futuro. Ha mantenido una tradición de excelencia estrechamente ligada a un trabajo de enorme contenido nacional y nacionalista. El mundo ha reconocido esta admirable conjunción y le ha entregado su aplauso sin regateos. Es de esperar que la sociedad, que el país y su gobierno se honren con el reconocimiento pleno de estos logros. Si bien la ciencia es universal en su lenguaje y en sus acciones la forma de hacer ciencia es siempre un reflejo del ambiente que la propicia. En ese sentido creo yo que se justifica decir que en Cayetano Heredia se hace una ciencia profundamente peruana.

Todo lo anterior es acción política en el sentido prístino del vocablo. Y al serlo ha tenido y tiene también un profundo sustrato moral. Y al tenerlo se nutre entonces de genuina trascendencia. Ese es quien sabe el secreto de la supervivencia de Cayetano Heredia a lo largo de estos 14 años en que no una, sino muchas veces lenguas agoreras decían que perecería. Se han hecho las cosas con una honestidad tan elemental que por momentos ha parecido ingenuidad. Sería lastimoso que algunos alumnos o profesores den a esta honestidad elemental otro significado, o practiquen otro tipo de honestidad, dialécticamente alambicado.

En suma, nuestra tarea futura es lograr la máxima correspondencia entre nuestra acción política universitaria y su vertebración ética. Esta vertebración ética podrá tener enunciados diferentes, incluso dimensiones distintas, pero su estructura básica ha de ser la misma ahora como lo fue 14 años atrás en Cayetano Heredia, como lo ha sido siempre dondequiera que se sabe y se vive de acuerdo a normas plenas de civilización e integridad. Mientras más sólido nuestro soporte ético, más profundo será el contenido y el mensaje de nuestra acción política. Mientras más veraz

y honesto nuestro afrente, más sincera y sentida la recepción que brinde el pueblo a nuestros esfuerzos. Si nuestro mirador ético falla, jamás podremos esperar un juicio positivo de la historia. Si nuestra convicción ética se distorsiona, nuestra acción universitaria no tendrá contenido político, sino un bastardo toque politiquero.

En el plano interno, la comunidad herediana está atenta a una etapa de renovación históricamente necesaria y viable. Sin buscar polarizaciones estériles o personalizaciones absurdas, Cayetano Heredia deberá seguir demostrando que es hogar de ideales superiores. Nuestra generación, cuyo único compromiso es con la institución herediana, ha ejercido en el pasado reciente y seguirá ejerciendo –no lo dude nadie– un celoso papel vigilante, crítico y fiscalizador. Ese será nuestro aporte fundamental porque así sabemos que se preservan las esencias. Los que creen que se puede ser oportunista o meramente electorero no piensan ciertamente como nosotros, los estudiantes de ayer aprendimos de nuestros maestros, lecciones que ciertamente no se limitaron al quehacer técnico del profesional médico. Aprendimos, con el ejemplo vivo, a exponer nuestros ideales a la confrontación inevitable con los del adversario, y a su defensa alturada y honesta. Aprendimos de Alzamora –muchos de nosotros aún sin conocerlo– el ejemplo de un coraje no remecido ni siquiera por la proximidad artera de la muerte. Aprendimos de Gastelumendi, la dimensión eterna de la caballerosidad y del sentido del deber y la amistad. De Higginson la fe en superiores destinos, el optimismo permanente y, sin egoísmos. De Honorio Delgado, la dignidad frente a la adversidad, el saber retirarse a tiempo, sin rencores, con la satisfacción profunda del deber cumplido. Y de Alberto Hurtado, la lección sin límites de su entereza universitaria, la estela de su todavía cotidiano compromiso con la ciencia y la investigación.

Vivimos como exalumnos heredianos, la inigualable oportunidad de ver a la Universidad Peruana

asumir nuevas y fascinantes obligaciones ante el país. Cayetano Heredia y con ella todas las Universidades que merezcan llamarse tales, deberá defender su irrenunciable derecho a ser el escenario real del ejercicio real de una libertad real. Sin claudicaciones ni servilismos. Comprometidos los universitarios con la verdad y con su búsqueda, no hay fuerza que pueda avasallar la esencia de su razón de ser. No olvidemos que, como dijera Kant, la libertad es aquella facultad que ensancha la utilidad de todas las demás.

Vivimos como médicos jóvenes, la fascinante experiencia de definiciones históricamente decisivas. Mañana mismo deberemos optar por una de ellas. Independientemente de nuestras preferencias personales, se nos plantea una vez más, un compromiso generacional ineludible. En función de ello deberemos decir no a la demagogia, no al oportunismo, no al enfrentamiento irrazonable, no a la politización in-conducente, no al ataque artero, interesado e injusto.

Y responder afirmativamente al examen honesto de la situación de salud en el país, a la necesidad de una reafirmación esencial de nuestra profesión: estamos para servir, no para enriquecernos; debemos estar convencidos de la trascendencia social de nuestra misión, no de su encastillamiento individualista; debemos decir sí al Perú profundo, sí a la esencia solidaria de nuestra profesión. En todo ello, nuestro compromiso generacional es también con la defensa de principios, no con el coqueteo fariséico con personas y posturas.

Tal, nuestra historia, tal la presencia herediana en nuestras vidas. Tal la huella, tal la ruta abierta a nuestro futuro. La promoción “Alberto Hurtado” quiere ahora oír la palabra del hombre cuyo nombre escogimos como mentor de nuestra vida profesional. Porque Hurtado resume un pasado intensamente universitario y un presente de hondas raíces humanas. El futuro nuestro lo sabemos mejor porque él, Don Alberto, está con nosotros.